

Discursos de D. Miguel Ancha
23 Dic - 1947.

Señores:

La Biblioteca que hoy se inaugura en esta casa tan querida, nuestra Universidad Católica, lleva un nombre que no podemos dejar de pronunciar sin que nos arrebe la más honda emoción: ¡ España !

No ha mucho, el 9 de Noviembre recién pasado, todas las naciones de habla española han celebrado solemnemente el Cuarto Centenario del nacimiento del glorioso hidalgo de Alcalá de Henares, aquel noble manco de Lepanto, ejemplo del caballero cristiano, valeroso al empuñar la espada y al enfrentar la vida, con aquella serenidad y tranquilidad de espíritu, que en hombre sólo el ideal de Cristo es capaz de imprimir.

El personaje central a quien diera nacimiento en aquellas admirables páginas que constituyen el tesoro más valioso de la Historia Literaria, es el retrato más acabado de un pueblo. La locura sublime del Quijote y el sentido práctico de Sancho han sido el instrumento que ha medido con perfecta exactitud en sus diversas etapas históricas, la grandeza y decadencia de España.

Entre la pugna incesante entre el ideal y la dura realidad, entre lo que es y lo que debiera ser, muchos pueblos han cedido ante las caricias tentadoras de lo cercano, de lo efímero. Más en España, vence siempre el Quijote a Sancho cuando la lanza incrusta efectivamente en el corazón, aunque miradas forasteras la vean empalmar en molinos de viento.

Es que en ella ha hecho carne, confundiéndose con lo más íntimo de su ser, aquel consejo a Francisco Javier que en su "Divine Impaciente" José María Pemán pone en boca de Ignacio de Loyola: "Ninguna ilusión imperta más que la ilusión de Cristo".

Así la vemos luchando con denuedo desigual cuando el Corán pretendió suplantar por la fuerza al Evangelio; cuando el libre examen aspiraba a fundir las llaves de Pedro; y cuando la enciclopedia forzaba por medio de las armas, con intentos vanos de arrivarlas las puertas que guardan la armonía entre la ciencia y la fé. Con sobrada razón señores, ha podido decir en época muy cercana, un eminente prelado británico: "Cuando el interés de Dios está en peligro, siempre se puede contar con España".

Comienza, señores, nuestra Historia americana, cuando un aventurero genial recorría el mundo en búsqueda de apoyo para realizar una empresa temeraria. Porque Dios le quiso, acertó a encontrar apoyo en el Prior de un Convento franciscano y protección profusa de hidalguita en la Corte de una nación cuya vida era una cruzada permanente y su tesoro más precioso era el título de "Reyes Católicos" que sus monarcas sustentaban.

Nació así América bajo el signo bendito de la cruz, y el espíritu del Concilio de Trento engastó en la Corona de San Fernando la joya misionera de la Conquista.

En los Cabildos y Audiencias encontramos las verdaderas lecciones de autonomía que nos convertirían con posterioridad en florecientes Estados soberanos, orgullosos de su Madre Patria; en Viteria y Suarez encontramos los fundamentos de la convivencia internacional; en las Leyes de Partidas están en buena parte los orígenes y fuentes de nuestra legislación; en todo lo español nos interesamos, y son ardientes nuestros votos por la felicidad y engrandecimiento de su noble tierra, porque no podremos nunca olvidar que como decía Zorrilla de San Martín, "América nació de una herida de gloria que España se hizo en el corazón".

Ahora, cuando un peligro sin precedentes se cierne sobre la civilización occidental, España, como siempre, se encuentra a la vanguardia del bien, y la vemos complacidos, reivindicar palmo a palmo la plenitud de su auténtico ser, vale decir, el estilo eterno que creara como arquetipo de naciones la trayectoria imborrable de la España de los grandes siglos.

Como Presidente de la Academia Chilena de la Historia y en representación de la Academia Chilena de la Lengua, agradezco muy sinceramente la donación de la valiosa Biblioteca que hoy se inaugura, obsequio que constituye una expresión más de aquellos rasgos de generosidad tan propios de la España Inmortal.

Vayan nuestras felicitaciones al distinguido diplomático sr. Sele...
por la distinción que nuestra Universidad le confiere de Doctor Honoris Causa. De gran cultura, de fina sensibilidad, ha sabido, en compañía de su hidalga esposa hacer más y más estrechos y afines, los vínculos que unen a nuestros dos países.